

nos cierto que ha sabido dar a su factura musical un aspecto enteramente propio; sus líneas melódicas no son curvas interminables sino líneas quebradas, quebradas con muy cuerda suavidad; sus acordes evolucionan con cierto exceso de ciencia que produce la impresión de la libertad absoluta; la fluidez de su orquesta es su prodigio. Entre sus obras hay varias que sin exageración merecen el calificativo,—tan a menudo usado inconsiderablemente,—de geniales. Se distinguen entre las que ha escrito para piano: la melancólica *Paravie pour une infante defunte* (1899), *les Jeux d'eau* (1901), la *Sonatine* (1905), *Gaspard de la nuit* (1908), *Valses nobles et sentimentales* (1911), etc. Para canto: los *Deux épigrammes*, de Clément Marot (1900), 1o. *D'Anne jouant de l'espionette*, 2o. *D'Anne qui me jecta de la neige*; la admirable serie (orquestrada) *Sheherazade*, inspirada en tres poemas de Tristan Klingsor (1903); los turbadores *Poemas de Mallarmé* (para orquesta pequeña), y otras melodías y coros. Como música de cámara tiene: *el Cuarteto de cuerdas* (1903) y el maravilloso *Trío*. Existe también la rutilante *Rapsodie espagnole* (1907); para orquesta, el bailable *Ma mère l'Oye* (1908), que en un principio estaba compuesto de piezas infantiles a cuatro manos, como los “vales nobles et sentimentales”, representados en la Opera con el título de *Adelaïde ou Le Langage des fleurs*, *Daphnis et Chloé* y *l'Heure espagnole* precedentemente señaladas.

En estos últimos años su producción se ha reducido... ; Cosas de la guerra! Maurice Ravel que no cuenta aun cuarenta años, pues nació en 1875 en San Juan de Luz, estuvo bajo las armas hasta principios de 1918.

En su primer concierto del año de 1919, la Sociedad Musical Independiente acaba de presentar con beneplácito de los admiradores de Ravel, una serie de piezas para piano: *Le Tombeau de Couperin*. Y he estado esperando estos días con impaciencia el “Concerto” inspirado en una novela: *Le Grand Meaulnes*, que un día de este otoño me había anunciado.

Estábamos en su “villa” de Saint-Cloud. Había llovido... y esto daba a las frondosas copas de los árboles cierto brillo enriquecido por la caída del sol. Era un encanto oír a Ravel hablar de cosas graves con una sonrisa de buen nipón: verlo en torno del billar, pasear, fumando, en *pyjama*, hablando de sus proyectos.

* * *

El señor Eric Satie, llamado Erik Satie (así dicta su nombre a los empleados del Juzgado) es un compositor “original”. No solamente no imita a nadie, sino que tampoco se imita a si mismo. No bien he encontrado una fórmula, cuando la abandona por perseguir otra nueva.

De 1887 a esta parte ha venido transformando la idea tonal e inaugurando nuevas modalidades que parten de la revolución “debussysta”. La primera manera muestra una tendencia a libertarse de la tiranía del dualismo mayor-menor, una predilección por los ritmos lentos, graves, sagrados: las *Sarabandes*, las *Ginnopedies*, las *Gnossiennes*.

En 1891, con *les Sonneries de la Rose-Croix*, Satie evoluciona. En *les Fils des Etoiles*, *Wagnerie Kaldéene* del Sar Peladan, reacciona precisamente contra la sinfonía wagneriana... Sonoridades misteriosas, acordes cuyo encadena-